

Resguardar nuestra incerteza acerca de la incertidumbre Debates acerca de la interculturalidad y la comunicación*

Alejandro Grimson

Universidad Nacional de San Martín

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet)

Primera entrada: comunicación, interculturalidad e incertidumbre

¿Cuál es el papel de los procesos comunicativos del mundo contemporáneo en la generación de sensaciones de incertidumbre? Ciertamente, más que considerar las modalidades en que los medios masivos son fábricas de incertidumbre, quiero detenerme aquí en otra dimensión analítica que se refiere a la manera como la situación de interculturalidad nos interpela para repensar nuestras certezas acerca de la comunicación.

Desde hace tiempo se ha regresado a la etimología de comunicar, y se ha descartado su conceptualización como transmisión de información a través de canales tecnológicos. *Poner en común, hacer público, comunión* definen la comunicación. La pregunta que surge en el mundo contemporáneo es si realmente podemos estar seguros de que cuando algo se hace público se está poniendo en común. ¿Acaso publicar implica comunión? ¿Es lo mismo poner en común y hacer público? Es lo mismo siempre y cuando hagamos como si no hubiera códigos comunicativos heterogéneos, es decir, si hacemos abstracción de la interculturalidad. Pero eso se trataría realmente de una abstracción. Es equivalente a que un ingeniero naval analice las características técnicas de un barco que transportará un elefante y deje de calcular el peso del animal. En ese caso, los cálculos darán muy bien, pero el barco inevitablemente se hundirá.

Vivimos en un mundo intercultural y la comunicación tiene que ser pensada a partir de la coexistencia de multiplicidad de códigos comunicativos, a partir de la heterogeneidad de las estructuras de significación. En ese sentido, la diferencia entre hacer público y poner en común puede traducirse en dos posibilidades conceptualmente extremas de la comunicación: el contacto y la comprensión.

Entiendo aquí por contacto a una situación de interacción, presencial o virtual, en la cual la circulación de significantes no indica nada acerca de los significados que se están procesando. Cuando una persona comienza a interactuar con un medio de comunicación o con una persona que pertenece a un universo simbólico que desconoce o cuando alguien inicia un vínculo con una alteridad cultural, se produce claramente un contacto pleno. No obstante, si hay un desconocimiento de la lengua, de las estructuras simbólicas del otro, ese contacto se traduce en una comprensión nula.

Una situación donde se multiplican los contactos entre culturas, entre universos simbólicos diferentes, pero donde prevalece un desconocimiento del otro, una profunda incomprensión, es una situación generadora de incertidumbre. Sólo cuando alguien conoce a un amigo puede predecir cómo reaccionará frente a ciertas circunstancias. Sólo cuando alguien se convierte en un televidente con cierta trayectoria y con un "saber del género", puede intuir las direcciones que puede tomar un guión en una telenovela. Sólo el conocimiento genera la posibilidad de la comprensión. Y sólo la comprensión insta, no digamos certidumbres, pero sí horizontes de previsibilidad.

¿A qué llamo, entonces, comunicación? Si definiera la comunicación como proceso de interacción simbólica a partir de una situación de contacto, abandonaría cualquier idea de que comunicar implica poner en común, compartir. En este caso, la comunicación volvería a ser un acto meramente mecánico, que existiría cuando no hubiera siquiera actos interpretativos. Esta conceptualización no me permitiría entender por qué se generan incertidumbres. Si, en cambio, definiera que sólo hay comunicación cuando hay plena comprensión entre los interactuantes o, al menos, de parte de uno de ellos, ciertamente no existiría la comunicación humana. *Strictu sensu* comprensión plena no hay entre amigos, no hay entre hermanos, no hay en el matrimonio, no podría haber entre culturas.

Por eso, en un mundo intercultural, la comunicación reclama ser pensada como intersección entre universos simbólicos diferentes, y esto último por razones generacionales, étnicas, nacionales, de género, de clase. A veces, estas intersecciones variables se acercan a la situación de puro contacto con muy poca comprensión y, en el otro extremo, se acercan a la comprensión sin alcanzar, nunca, plena

comensurabilidad. Si la comunicación es una intersección entre dos o más universos simbólicos que implica más que contacto y menos que comprensión total, entonces la multiplicación de los contactos es una base sólida que genera incertidumbres; siempre y cuando no haya una fuerte orientación para avanzar en una creciente comprensión.

Allí encontramos una tensión: en el mundo intercultural hacer público, publicar, implica sólo parcialmente poner en común. Si lo público es constitutivamente heterogéneo, si la comunidad es diversa, sólo puede ponerse en común de manera contingente, a través de suturas que no llegan nunca a ser clausuras.

Esto me lleva a discutir también el concepto de cultura, camino que ya he emprendido en otros trabajos (Grimson, 2003 y 2005) y que no puedo retomar aquí (Grimson y Semán, 2005). Sin embargo, la diversidad no es un dato inmutable; se encuentra imbricada en relaciones de poder y conflictos. En ese sentido, las diferencias culturales no son muchas veces motivos de conflictos políticos, sino que, como en la película *Antes de la lluvia*, muchas veces las guerras u otros conflictos son productores de nuevas diferencias que antes no existían. Cuando estas situaciones de conflicto abren nuevas brechas interculturales, cuando se profundizan desigualdades de poder, los procesos comunicativos se acercan al límite del mero contacto y toman distancia de la posibilidad de la comprensión. En consecuencia, la incertidumbre no siempre se encuentra en la base de los conflictos, sino que, muchas veces, los conflictos instauran la incertidumbre.

Segunda entrada: incertidumbre ¿objetiva o subjetiva?

Hay algunas grandes preguntas, dentro de las cuales caben muchas otras. ¿Cómo investigar la incertidumbre? O, dicho de otro modo: ¿puede investigarse la incertidumbre? ¿Qué relaciones hay entre incertidumbre e investigación? La primera tensión surge de si es posible considerar la incertidumbre marco de un proceso de investigación o asumirla efectivamente como objeto de investigación en sí.

En abstracto, la incertidumbre constituye todo proceso de investigación. El dilema surge de la relación entre esa imprevisibilidad y la constitución de la incerteza en un presupuesto teórico. Considerar, *a priori*, por ejemplo, que el mundo en el que vivimos es, de manera generalizada, un mundo de riesgos e incertidumbre es, paradójicamente, una afirmación contundente: un postulado poco abierto a diálogo y al contraste empírico. Conviene, en cambio, transformar ese presupuesto en un interrogante de investigación para abrir la indagación acerca de qué sujetos sociales, en qué contextos específicos, perciben, sienten, vivencian incertidumbres respecto de qué situaciones o relaciones.

Es distinto pensar la incertidumbre como constitutiva del horizonte humano, atendiendo y estudiando sus grados, formas y efectos, que presuponer que vivimos en una sociedad de la incertidumbre. Esto último constituye, en sí, una intervención que produce efectos en las subjetividades y se convierte en un obstáculo epistemológico de la investigación. Si proyectamos un presupuesto de incertidumbre sobre nuestros objetos, el mundo se aparecerá como un conjunto de objetos y sujetos relativamente homogéneos, homogeneizados por el supuesto.

En ese sentido, resulta importante distinguir conceptos teóricos y conceptos experienciales de incertidumbre. Una cuestión es pensar la incertidumbre como concepto científico; otra, como caracterización interpretativa del mundo contemporáneo, y otra, como vivencia y subjetividad de actores sociales específicos.

Vicio profesional de antropólogo: diría que una clave para estudiar la subjetividad es hacerlo *con* incertidumbre acerca de nuestro objeto, autorizando las “inseguridades del investigador”, en cuanto puede establecerse una correlación entre certezas previas al proceso de diálogo envuelto en todo trabajo de campo y lo que llamamos etnocentrismo. Es decir, la investigación de las subjetividades, como proceso intersubjetivo, implica dejarse llevar por la dinámica del proceso de investigación, al menos en una fase inicial, y tolerar nuestras propias vacilaciones. Estar dispuestos a encontrar sujetos que afirman grandes certidumbres. Actores que construyen nuevos relatos totalizadores acerca del mundo, que postulan grandes verdades desde perspectivas que se clausuran a las preguntas.

Por eso conviene distinguir dos tipos de riesgos teóricos. Por una parte, los derivados de certezas poco implicadas con la investigación intersubjetiva, que podríamos llamar *riesgos de laboratorio*. Se trata de la multiplicidad de ideas que resultan en ocurrencias mejores y peores, más y menos logradas, de buenos y malos ensayistas. Algunos no llegan a publicarse, otros son éxitos editoriales. Son riesgos de laboratorio o gabinete en el sentido de que se trata de un sujeto que hipotetiza acerca del mundo y, generalmente, generaliza.

Hay otro tipo de riesgos, aquellos derivados de socavar los riesgos de laboratorio, incluso cuando sean éxitos editoriales, a través de los *riesgos de campo*, que generan hipótesis de imbricación en los sujetos. La investigación empírica siempre arriesga y nada garantiza. Como me enseñaba un viejo maestro: hay buenos y malos ensayos, y hay buenas y malas investigaciones.¹ Lo único que la investigación garantiza, si se realiza adecuadamente, es ser el resultado de un diálogo, es la intersubjetividad.

El primer riesgo es el efecto de teoría que impone la incertidumbre como moda. Entre los seres humanos siempre hubo incertidumbre, lo que se transforma históricamente son los modos en que se presenta y actúa en las subjetividades contemporáneas y en las perspectivas académicas. Hay incertezas básicas humanas que se han mantenido a través del tiempo. Los miedos a los desastres naturales y a las relaciones intersociales e interculturales, es decir, los temores, constitutivos de la subjetividad, acerca de aquello de la naturaleza que no podemos controlar y aquello que no podemos controlar de las alteridades. Ahora, también ha habido períodos de notable incertidumbre acerca de cómo actuará el poder en nuestra propia sociedad, es decir, el temor vinculado a cómo actuará el rey o el Estado en sus diversas facetas.

Por ello, creo que es necesario resguardar nuestra incerteza acerca de la incertidumbre. No deberían reconstruirse anacrónicamente. El anacronismo, como enseñan los historiadores, consiste en proyectar nuestras categorías y significados de las categorías a una sociedad del pasado, del mismo modo que el etnocentrismo consiste en proyectar nuestras categorías a una sociedad distinta, que tiene sus propias formas de pensamiento y sus propios sentidos. Afirmar que vivimos en una sociedad de la incertidumbre implica un abandono del pensamiento histórico y un fuerte cronocentrismo.

Quiero revisar estas preguntas a través de algunas consideraciones acerca de los contextos, los actores y las alteridades, mediante una narración de mi propio trabajo de campo, de una leyenda china y una consideración acerca de usos políticos de la incertidumbre.

Contextos y fronteras

Subjetivamente, hay contextos específicos en que la incertidumbre se instala como horizonte inmediato. Contextos de guerra, desastres naturales, terrorismo estatal o no, *riots*, movilizaciones masivas, violencia urbana. Hay contextos que envuelven a las personas, marcos de los que pocos escapan. Hay personas que siempre viven en contextos de incertidumbre.

Si localizo contextos o situaciones de profunda incerteza, es posible distinguirlos como situaciones vigentes o como momentos del pasado (reciente o no). Para estudiar las subjetividades es muy distinto si convivimos en la incertidumbre con los sujetos que se estudian, que si vamos a conversar con ellos acerca de una vivencia del pasado o si sólo podremos reconstruir esas subjetividades del pasado sin sujetos presentes. Localizar situaciones de incertidumbre, penetrar en ellas, permite desarrollar una etnografía de subjetividades atemorizadas, a veces desesperadas, sin previsibilidad.

Pero esa previsibilidad cambia a través del tiempo, no es constante. Durante una guerra, en sus distintos días y meses, cambian las sensaciones de las personas que habitan distintos lugares de ese conflicto, la manera como actúan, las formas en que aprenden a prever. En el propio transcurso de una crisis más o menos prolongada cambian los horizontes y los modos de actuar cotidianamente. La apertura o la finalización de una crisis implican una transformación de las formas de imaginación social. Además, esas situaciones de crisis pueden clausurarse y entonces resultará clave poder establecer cómo se instituyen nuevos horizontes, otras preguntas, otras formas de acción social.

Ahora, ¿cómo conceptualizar culturalmente la incertidumbre? Desde una perspectiva cultural, podría afirmarse que la incertidumbre implica que se acercan las fronteras de la diferencia. Para utilizar una expresión de Van Gennep, cuando alguien transita entre dos mundos, entre dos territorios, entre dos

universos simbólicos, necesariamente atraviesa umbrales y fronteras. Cada cruce implica expectativas y horizontes difusos. Cada separación de un espacio e integración a otro espacio implica una situación de liminalidad, un tránsito, un estar en ninguna parte.

Las vivencias de la incertidumbre habitan las situaciones de frontera. No sólo las fronteras territoriales, sino también las temporales o identitarias. Acercarnos a un cruce de fronteras genera una doble situación de incertidumbre. Hay un temor al momento de cruzar en sí, a los controles migratorios y aduaneros, una expectativa de que podría ejercerse sobre nosotros un poder desmesurado por parte de aquellos que controlan el cruce. Y dependiendo de nuestro conocimiento previo de aquello que se encuentra del otro lado de la frontera, puede haber una situación de amplia o nula incertidumbre.

Si se trata de una nueva frontera, tanto el cruce como el haber cruzado generan amplia incertidumbre. Una dimensión central de ese fenómeno se refiere a la comunicación: a nuestra capacidad de comprensión de las reglas e interrogantes de la situación; a nuestra competencia comunicacional para intervenir de manera efectiva. En otras palabras, en un mundo en el cual las migraciones, los medios y el turismo constituyen cotidianamente nuevas fronteras culturales y comunicacionales, hay una fabricación diaria de situaciones de incertidumbre; pero los flujos no provocan imprevisibilidad; lo son las estructuras hegemónicas de percepción y significación de esos flujos.

En la medida en que la alteridad, por incompreensión, genera temor, miedo o incluso pánico, se pretende reducir la incertidumbre construyendo universos con fronteras sólidas, impermeables a la diferencia. Desde barrios cerrados hasta países cerrados pretenden garantizar la certidumbre de permanecer siempre “entre nosotros”, sin “los otros”, “*golden guetos*”. Paradoja entonces: la incertidumbre que genera una frontera social y cultural; se pretende reparar reforzando dicha frontera, es decir, involuntariamente produciendo un contexto más delimitado, pero más poderoso de incertidumbre. “Del otro lado” de la frontera, siempre pretendiendo cruzarla, vivirán los alterados (Briones), los estigmatizados. En ese sentido, la incertidumbre como categoría de los actores implica estudiar a aquellos que la sienten, la actúan, la producen, la reproducen.

Quiero dar un ejemplo de mi propio trabajo de campo en dos ciudades de la frontera argentino-brasileña, cuando cruzaba varias veces la frontera en ómnibus acompañando a los *pasadores*. El trabajo de ellos consiste en comprar unas pocas mercaderías para revender en la ciudad vecina, el país vecino. Es gente que vive de cruzar la frontera, pero nunca puede estar segura de llegar con su mercadería a destino. Eso depende de varios factores que ellos no controlan: cuál es la política de la aduana, qué funcionarios se encuentran de turno, cuánta gente se encuentre intentando cruzar. En la jerga de los pasadores hay momentos en que la aduana “está linda” y momentos en que “está fea”, momentos en que es sencillo atravesarla y otros momentos en los cuales es imposible. Momentos en los cuales hay mayor o menor previsibilidad, mayor o menor incertidumbre. Ellos desarrollan un complejo *know how* para ir de un lado a otro de manera exitosa, pero no siempre lo consiguen. Y el riesgo es perder en el camino todo lo que han comprado.

Cruzar la frontera es un momento angustiante no sólo para los pasadores, sino para todos los habitantes de la zona. No resulta posible saber cuánto demorarán los trámites para atravesar un puente de sólo dos kilómetros, cuáles serán las exigencias de los funcionarios y si quienes cruzan serán sometidos a situaciones diversas de violencia simbólica por parte de quienes ejercen los controles. En síntesis, dirigirse a la frontera es ingresar en una zona de profunda incertidumbre.²

¿Es fronteriza la vida de los pobladores fronterizos? Seguramente, no tan fronteriza como se imagina desde lejos. O, al menos, fronteriza de un modo diferente: menos porque los límites sean constantemente atravesados que porque la dificultad por cruzar —la frontera material y las fronteras simbólicas— se encuentre constantemente presente. Sólo aquellos que pueden evitar el cruce de frontera consiguen resguardarse de la incertidumbre. Quienes se quedan en su lugar. El mundo de la previsibilidad, allí donde los cruces aparecen como profundamente inciertos, implica permanecer alejados de los espacios de liminalidad.

El mundo de la plena certidumbre es un universo monótono, gris, desconectado. La utopía de la certidumbre total implica el fin de la diferencia, el fin de la comunicación.

La diferencia cultural como caos

Generalmente se oponen el orden y el caos como las estructuras homeostáticas y la falta o destrucción de estructuras, como lo previsible y lo imprevisible, como lo dominado y lo ingobernable. Menos frecuente, sin embargo, es la distinción entre esta oposición en un plano heurístico y en las formas de percepción social. Los sociólogos o economistas pueden considerar que una situación social o económica determinada resulta, por un conjunto de variables, altamente previsible. Sin embargo, hace mucho tiempo, los economistas saben que una variable decisiva de cualquier previsibilidad es la confianza de la sociedad acerca de ella. Por más solidez que tenga una situación económica, una explosión de amplia desconfianza puede hacerla tambalear o estallar, y resulta evidente que la visión de los actores acerca de aquella solidez le es constitutiva. No hay previsibilidad objetiva sin previsibilidad subjetiva.

Lo contrario también es cierto: una situación macroeconómica relativamente frágil puede sostenerse en el tiempo si se obtiene una percepción de sustentabilidad. Evidentemente, la percepción social de la previsibilidad no es la única variable, pero también resulta innegable que no hay solidez sin una percepción social en ese sentido.

No es muy distinto lo que sucede con la inserción social y cultural de los emigrantes en los países a los que llegan. Lo más habitual en la actualidad es que mientras, desde un punto de vista económico y social, ellos realizan un aporte decisivo en muchas sociedades, la percepción social presenta crecientes elementos de rechazo y xenofobia hacia esos contingentes humanos. Podría decirse que los emigrantes, muchas veces, refuerzan procesos productivos y la solidez macroeconómica, mientras que las estructuras de percepción se traducen en sensaciones crecientes de rivalidad y diferenciación.

Si nuestra sociedad tiene alguna peculiaridad comunicativa no es sólo la más evidente, la cuestión tecnológica. Lo peculiar es que la reducción de las distancias implicadas en la tecnología incrementa las fronteras culturales y su visibilidad. Cuanto más se ha reducido la distancia física o cuanto más se ha intensificado la comunicación directa y *massmediática*, más se han incrementado las distancias simbólicas, culturales e identitarias. Es difícil exagerar la sensación de incertidumbre del sujeto migrante. Llega a un país distinto, generalmente donde se habla otra lengua, donde existen otras leyes que, además, no lo amparan por falta de documentos y de ciudadanía. Pero las sociedades que reciben emigrantes tienden, en el mundo actual, a percibir las diferencias culturales como obstáculos y como generadoras de incertidumbre.

Estas dos estructuras de imprevisibilidad, sin embargo, tienden a resolverse de maneras diferentes. Los emigrantes reducen su incertidumbre reposando en su red social, buscando vivienda, empleo y documentación a través del *know how* de sus familiares, paisanos y compatriotas. Los emigrantes reducen su incertidumbre desarrollando un conocimiento relativamente sofisticado de la nueva sociedad donde viven y estableciendo distintas comparaciones entre ambas sociedades. En cambio, las sociedades nacionales que encuentran en la inmigración una mayor incertidumbre tienden hoy a sostener un fuerte desconocimiento de las culturas emigrantes y a pretender reducir el "nuevo caos" que le adjudican a los emigrantes a través de asimilarlos, dominarlos o expulsarlos.

Esta percepción y las prácticas culturales que se derivan de ella recuerdan a una antigua leyenda china que no sólo permite pensar en la migración, sino en la diferencia y en el contraste entre orden y caos.

Hubo una época en la que el mundo de los espejos y el mundo de los humanos eran diferentes entre sí. Ambos mundos no estaban separados por ninguna barrera invisible. Los seres humanos y los especulares solían visitarse. Pero los seres de los espejos no se parecían físicamente a los seres humanos ni copiaban sus actitudes. Eran libres de hacer lo que querían y sus conductas eran totalmente predecibles.

Pero un día los habitantes de los espejos decidieron invadir la Tierra. Cuando los humanos despertaron se aterrorizaron. Por todas partes reinaba el caos. Los seres especulares eran caóticos. Nadie sabía cómo dominarlos. Finalmente, el emperador, que tenía poderes mágicos, logró arrojarlos otra vez al impreciso mundo de los espejos. Y para que nunca más pudieran invadir el mundo humano, los hechizó. Desde entonces, los habitantes de los espejos están condenados a copiar mecánicamente los actos y las apariencias de los humanos. Aunque una imperfección en el hechizo hace que a veces esos seres se filtren en nuestros sueños, conductas o en la propia naturaleza. (Díaz, 1999, s. p.)³

Noten que este relato acerca de dos mundos está realizado claramente desde uno de ellos. Los habitantes de los espejos decidieron invadir la Tierra, el narrador expropia a los seres especulares de racionalidad y estipula al viaje o al traslado como invasión. Se afirma que los seres especulares eran caóticos, cuando desde nuestra perspectiva cabe la pregunta acerca de si eran objetivamente imprevisibles o si eran percibidos como seres caóticos justamente por no ser comprendidos. Cuando no conocemos y no comprendemos al otro, lo consideramos caótico y su presencia genera incertidumbre; pero el punto subrayado en la leyenda es que “nadie sabía cómo dominarlos”, era de allí que emergía el temor. Hasta que el poder impuso orden y previsibilidad. Haciendo uso de capacidades únicas, se les condenó a ser previsibles. Pero como la vida sigue, el hechizo estaba condenado a la imperfección.

La diversidad como fábrica de incertidumbre

Retomo lo que he dicho hasta ahora en un ejemplo. Cuando en la comunicación se multiplican los contactos sin comprensión, se instala una matriz generadora de incertidumbre. Cuando la diversidad, ya sea de los seres de los espejos, ya sea de los emigrantes o extranjeros, es significada como riesgo, la visibilidad de fronteras de la diferencia aparece como una presencia creciente de temores.

En las situaciones más cotidianas se procesa una incertidumbre como miedo a la diferencia, en el sentido de no resultar competente para abordar situaciones de interculturalidad, contextos donde diversos códigos comunicativos conviven e interactúan. En un proceso continuo, evitar la liminalidad se constituye en un objetivo político que retroalimenta, como *feedback* positivo, la matriz previa. La política cultural —en un sentido amplio del término— de la incompreensión deviene la política —en el sentido más estricto— de una guerra entre culturas. En un imaginario renovado, la eliminación del otro se instituye como único mecanismo de certidumbre. En esa dinámica, políticas de la incertidumbre y políticas de fortalecimiento de las fronteras culturales se retroalimentan.

Hay un autor que expresa esta visión como ningún otro. Evidentemente, me refiero a Samuel Huntington. Recordemos que él afirma que para pensar “seriamente sobre el mundo, y actuar eficazmente en él, necesitamos un mapa simplificado de la realidad” (2004, p. 30). ¿En qué consiste su simplificación? El mundo que se dividía en ideologías políticas y sistemas socioeconómicos ha quedado atrás, dice Huntington. Ahora, “la cultura es a la vez una fuerza divisora y unificadora” (2004, p. 23).

Si después de la Segunda Guerra Europa se dividía por el *telón de acero*, “esa línea se ha desplazado varios cientos de kilómetros hacia el este”, separando “a los pueblos cristianos occidentales, por un lado, de los pueblos musulmanes y ortodoxos, por el otro” (Huntington, 2004, p. 23). El mundo actual se dividiría, entonces, en civilizaciones. “En la época que está surgiendo, los choques de civilizaciones son la mayor amenaza para la paz mundial, y un orden internacional basado en las civilizaciones es la protección más segura contra la guerra mundial” (Huntington, 2004, p. 386).

Huntington, como citamos, afirma que este mapa simplificado no sólo serviría para “pensar el mundo”, sino para actuar en él. Y este autor actúa convirtiéndose en un adivinador del futuro, uno que será desastroso para Occidente, a menos de que él mismo sea escuchado. Veamos. Según Huntington, Estados Unidos podría desaparecer. Al igual que la antigua Unión Soviética y el Reino Unido, está hecho de entidades reunidas por procesos de federación y conquista:

Pocos previeron la disolución de la Unión Soviética y esta última deriva hacia la posible descomposición del Reino Unido una década antes de que empezaran a producirse. También son pocos los estadounidenses que se atreven a prever actualmente cambios fundamentales (o una disolución) en Estados Unidos. Pero el final de la Guerra Fría, el desmoronamiento de la Unión Soviética, la crisis económica asiática de la década de 1990 y el 11 de septiembre nos recuerdan que la historia está cargada de sorpresas. Pudiera ser que lo realmente sorprendente fuese que Estados Unidos siguiera siendo en 2025 el país que era en 2000 en vez de un país (o de una serie de países) muy diferentes con una serie de concepciones de sí mismo y de su identidad muy distintas de las que tenía un cuarto de siglo antes. (Huntington, 2004, pp. 34-35)

Huntington se constituye así en un adivinador: desliza cuán sorprendente fue el 11-9, aunque quizás sus lectores lo lean porque creen que él mismo lo predijo. Ahora, está prediciendo algo que nadie se atreve a insinuar: Estados Unidos puede desaparecer. ¿Podría haber alguna razón más poderosa para que todos

aquellos que después del 11 de septiembre compraron masivamente las banderas con las rayas y las estrellas estén alerta?

Pero, ¿por qué podría desaparecer? La respuesta se refiere a los cambios en el contexto y las amenazas de que cambie la sustancia de la identidad estadounidense. “El final de la Guerra Fría privó a Estados Unidos del imperio del mal contra el que podía definirse a sí misma” (p. 34). “Ninguna sociedad es inmortal [...], los Estados Unidos sufrirán la suerte de Esparta, Roma y otras comunidades humanas” (Hungtinton, 2004, s. p.). Como se ve, Hungtinton aplica la noción, elemental de la teoría de la identidad, de que cualquier definición de “nosotros” se hace en relación con un “ellos”. Desaparecido el “ellos” decisivo del siglo XX, ¿cómo mantener vivo el sentimiento de pertenencia? Evidentemente, se trata de reinventar la alteridad. Como se sabe, a la hora de estas reinenciones sólo puede buscarse en la historia social y cultural de nuevas fronteras culturales.

Aquí estamos ante un proceso de producción-incertidumbre como dispositivo de intervención política. Hungtinton es performativo. En la medida en que el gobierno de Estados Unidos interpela con sus acciones, en términos culturales efectivamente instituye una culturalización del conflicto. No se trata de la cuestión del huevo y la gallina. No son las diferencias culturales la causa de la guerra. La guerra genera la percepción de diferencias culturales que antes no se consideraban como tales y transforma el sentido de cualquier distinción.

Así, pensada como categoría de los actores, la incertidumbre es sumamente variable. Los procesos colectivos para reducirla incluyen el fortalecimiento de identidades sociales, culturales, nacionales. Instalan las fronteras de un nuevo fundamentalismo cultural. Generan la ilusión de estar en casa, en una cultura supuestamente pura, alejando a los fantasmas de la diferencia.

Reflexiones finales

Las incertidumbres de la interculturalidad nos interpelan para repensar la comunicación. El fortalecimiento de fronteras múltiples es una política de comunicación que presupone la incommensurabilidad. Postula el rechazo de todo contacto porque sólo sería capaz de promover mayor incompreensión. Ahora bien, si considero la incertidumbre frente a la diferencia, la única alternativa no consiste en reforzar las fronteras. La incertidumbre surge de un desconocimiento. Cuando este se asume como tal, puede recurrirse a reducir la incertidumbre a través de asumir esa posición de debilidad e incompetencia y, consecuentemente, de intentar conocer al otro para no temerle.

Eso puede ser la acción de un viajante, pero también puede ser resultado de un proceso social de adecuación, donde una matriz perceptiva más amplia permite retrotraer los prejuicios: una disposición más plena a la interacción con una consecuente reducción del temor y de la incertidumbre. En este caso la incertidumbre no intenta reducirse a través de la paradoja de crear nuevas fronteras, sino haciéndolas más porosas y débiles.

Una anécdota. Cuando un famoso intelectual debió afrontar su examen de ingreso a sus estudios de posgrado, los profesores sólo le hicieron una pregunta de cuatro palabras: ¿qué es la incertidumbre? El maestro utilizó sólo una para responder, únicamente escribió cuatro letras en una hoja en blanco donde los profesores leyeron: “esto”.

Incertidumbre también es el resultado de las apuestas, de escaparse a lo obvio y lo esperable, es una consecuencia de la creatividad. En fin, si unos fabrican incertidumbre para producir control y poder, y a esto no sólo puede responderse con nuevas fronteras, sino también con nuevas ideas, con nuevas acciones que instalen horizontes de otras incertidumbres, entonces podemos leer conceptualmente la incertidumbre, ahora sí más allá de los discursos de los actores, como un territorio de disputas comunicacionales, simbólicas y políticas de los mundos contemporáneos. Mantener la incerteza acerca de la incertidumbre es clave para no presuponer un mundo homogéneo que nos estalla en sus fragmentos y sus fundamentalismos.

NOTAS:

- * Quiero agradecer a María Rosa Glasserman por acercarme un conjunto de bibliografía acerca de la incertidumbre, que resultó muy estimulante para pensar algunos de los temas que desarrollo aquí.
1. Esto me decía Roberto Cardoso de Oliveira, el gran antropólogo brasileño fallecido en 2006.
 2. Estas situaciones han sido analizadas en Grimson (2003).
 3. Aquí la leyenda se presenta levemente abreviada.

BIBLIOGRAFÍA:

- Díaz, E. (1999), *Posmodernidad*, Buenos Aires, Biblos.
- Fried Schnitman, D. (1995), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- Grimson, A. (2002), "Las sendas y las ciénagas de la 'cultura'", en La Plata, Universidad de La Plata, pp. 55-75.
- (2003), *La nación en sus límites*, Buenos Aires, Gedisa.
- y Semán, P. (2005), "Presentación. La cuestión 'cultura'", en *Etnografías Contemporáneas*, núm. 1, pp. 11-24.
- Hungtinton, S. (2004), *¿Quiénes somos? Los desafíos de la identidad nacional estadounidense*, Buenos Aires, Paidós.
- Ortner, S. (1999), "Introduction", en Ortner, S (edit.), *The Fate of 'Culture': Geertz and Beyond*, Los Angeles, University of California Press, pp. 1-13.